

XVII Semana del Tiempo Ordinario (Año Impar)

Lunes

Padre Julio González Carretti O.C.D

Lecturas bíblicas

a.- Ex.32,15-24.30-34: El becerro de oro.

b.- Mt. 13, 31-35: El grano de mostaza y la levadura.

Si bien no alcanza la altura de árbol, pero si es vistoso, se convierte en arbusto, el fruto de la semilla de mostaza. Puede que detrás de esta imagen, encontremos la idea de un árbol ideal, es decir de amplias ramas donde los pájaros habitarán, símbolo que usa el profeta como signo de fertilidad, vida y estabilidad (cfr. Ez. 17, 22). Será el mismo Dios, quien plantará este árbol (cfr. Ez. 31,1ss; Dan. 4, 6ss). Vemos que Jesús trae a la memoria la imagen del árbol, para darle un sentido nuevo, lo mismo sucederá, al final de los tiempos, con la obra de Dios que ahora empieza como una semilla: el reino de Dios. La idea de la parábola, es dar a conocer los humildes inicios del Reino de Dios, pero además, la grandeza de su consumación. La oración del discípulo confía en que Dios de algo humilde, puede convertir en algo fuerte y grande, si puede sacar hijos de Abraham de las piedras, también puede formarse un pueblo numeroso (cfr. Mt. 3, 9). El pensar de Dios, es bien distinto, a cómo piensan los hombres. Todavía encontramos otra idea, la del crecimiento, es decir, la semilla que se convierte en árbol frondoso, tiene su dinámica propia de progreso, encaminado a su meta final, porque es Dios, quien conduce la historia hacia su consumación gloriosa. La levadura, en medio de la masa, es otra de las imágenes, para expresar la misma idea: en esa cantidad de harina, un poco de levadura, fermenta toda la masa y la mujer puede cocer el pan. Se produce un milagro en el tiempo, la masa queda toda ella fermentada, se ha producido un cambio sorprendente, entre el comienzo y el fin; así son los comienzos del Reino de Dios. Los humildes inicios, nos hablan de la vitalidad, poder y grandeza que puede alcanzar en el tiempo. La levadura es el comienzo de su crecimiento, todo lo demás está contenido en ella. El comprender de Dios, es distinto al pensar del hombre: más allá de pensar en lo pequeño y grande, también se puede agregar lo débil y lo eficaz. Es en lo pequeño y débil, donde radica toda la vitalidad y la fuerza del mensaje del reino (cfr. Gál. 4, 13; 1 Cor.1, 25. 27; 2, 3; 2 Cor. 12, 8). El discípulo de Cristo tiene nuevo espíritu y nuevo corazón, porque se dejó transformar, cual levadura para su entorno. La fuerza vital que lleva la comunica a las personas y también a todo lo que se le confía. Su misión es fermentar las realidades que vive desde la humildad de su existencia cotidiana para asentar todo en la vida de Dios. Esta es la vida de Dios en nosotros.

Teresa de Ávila, a los que comienzan vida de oración, los invita a no dejar la oración, camino seguro para ingresar en el Reino de Dios. "Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios la hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido. Y sóbrale la razón: que una lágrima de éstas que, como digo, casi nos la procuramos, aunque sin Dios no se hace cosa, no me parece a mí que con todos los trabajos del mundo

se puede comprar, porque se gana mucho con ellas. ¿Y qué más ganancia que tener algún testimonio que contentamos a Dios? Y así, quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.” (V 10,3-4).